

### 13) “¿Quieres curarte?”

La humildad no consiste solo en “considerarse como el más miserable de todos, sino en creerlo así en el fondo del corazón” (RB 7,51).

Cada uno de nosotros comprende que esta humilde conciencia profunda del corazón no está en nuestro poder. Quizá esto sea lo que menos está en nuestro poder entre todas las cosas. Nuestro corazón es quizá la realidad de nuestra vida ante la que somos más impotentes. Nuestro corazón es libre incluso con respecto a nosotros mismos. Aún más, no debería ser libre como una bestia salvaje, sino como un hijo. “Los hijos son libres” (Mt 17,26). Por lo tanto, nuestro corazón es de verdad materia por excelencia sobre la que hay que dejar actuar a Dios. Sobre el corazón se trabaja a través de la oración. Nuestro único poder sobre nuestro corazón es el de orar, el de suplicar, con él y por él, para que llegue a ser profundamente humilde en su afección, en su sentimiento, en su autoconciencia. Pedir a Dios la humildad de nuestro corazón es el único poder que tenemos sobre nuestra conversión interior. Pero es un poder inmenso que puede cambiar toda nuestra vida, liberar toda nuestra vida y abrirla a la gracia de la vida filial y a una verdadera fecundidad de amor.

Si el buen ladrón tomó él mismo la iniciativa de pedir a Jesús que lo salvase, la mayoría de las veces es Jesús quien toma la iniciativa de pedirnos si queremos la Salvación que Él ha venido a ofrecernos. En realidad, es siempre Dios el que toma la iniciativa de la Salvación, aunque a veces parezca lo contrario.

En mi juventud cantaba una canción religiosa italiana sobre este tema, que decía: “En el fondo, yo no existía y Él me creó, yo no existía y Él me amó, en el fondo ha tomado Él la iniciativa y entonces, ¿por qué tenemos miedo? No existía la luz, no existía el color, no existía la amistad, el tiempo y el amor, en el fondo ha tomado Él la iniciativa y, entonces, ¿por qué tenemos miedo? Solo la ingratitud nos hace olvidar que Dios no comienza sino para terminar...” (Claudio Chieffo, *La iniciativa*).

El paralítico de la piscina de Betesda (Jn 5,1-16) era, en el fondo, también él un crucificado como el ladrón. Estaba clavado a su lecho desde hacía 38 años. Hasta el día en el que Dios tomó la iniciativa para ir hacia Él personalmente, incluso si entre medias había “un gran número de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos” (Jn 5,3). La iniciativa viene del corazón de Jesús que es un corazón atento, de Jesús que encuentra al hombre con su mirada atenta: “Jesús, viéndole tendido y sabiendo que estaba así desde hacía mucho tiempo, le dijo: «¿Quieres curarte?»” (Jn 5,6).

Jesús lo ha visto en medio de todos y se ha interesado especialmente por él. Ha pedido noticias de él. Quizá porque ha visto que era el más triste, el más abandonado, el más solo. El interés que Jesús le dirige se convierte en relación, en diálogo, y en un diálogo que interpela enseguida la libertad “¿Quieres curarte?”. Jesús interpela la voluntad de este hombre, su deseo, lo que quiere verdaderamente. No hay nada por descontado para Cristo. Todos dirían: ¡Pues claro que quiere curarse! ¡Vaya pregunta! ¿Quién no querría curarse?

Encuentro aquí una analogía notable con la pregunta que san Benito plantea a todos en el prólogo de la Regla, citando el Salmo 33: “¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días felices?” (Pról. 15). Es como si la Regla y nuestra vocación benedictina comenzasen precisamente en el momento en el que Jesús ve al paralítico y le plantea la pregunta “¿Quieres curarte?”.

¿Quién quiere la vida, quién quiere la salud, quién quiere la salvación?

Siempre es necesario volver sobre este punto en el camino del seguimiento de Cristo. La vida y las circunstancias interiores y exteriores nos conducen constantemente a este punto, lo queramos o no. Siempre es necesario volver ahí donde Jesús, viendo nuestra miseria y teniendo compasión de nosotros, toma la iniciativa de hacerse cercano y preguntarnos: “¿Quieres curarte? ¿Quieres la vida?”.

La condición de todo progreso es la vuelta a donde Dios toma la iniciativa de interpelar nuestra libertad. ¿De interpelarla para llamarla a qué? A recibir la gracia de la salud, de la salvación.

Jesús hará enseguida el milagro, pero pide el consentimiento del hombre a su gracia; el consentimiento a que su misericordia, su compasión, puedan expresarse en el espacio de nuestra miseria. Es importante volver siempre allí donde Dios tiene la iniciativa, porque es allí donde Dios manifiesta su gracia, su gratuidad original y eterna.

Toda la Regla nos educa para esto. Cuando comenzamos los oficios, volvemos a la fuente gratuita de la iniciativa divina; cuando comenzamos o terminamos un servicio para la comunidad; cuando se nos pide la humildad, la pobreza, la obediencia sin demora, el silencio, el perdón recíproco... Cada vez que Benito nos pide gestos, oraciones, actitudes interiores a través de las cuales volvemos allí donde Dios ha tomado la iniciativa de salvarnos, de curarnos, de darnos la vida. Cada vez que un hermano comete un error, incluso después de haber sido excomulgado, la curación, la salvación, la reparación, consisten en el volver a la gracia de la iniciativa salvífica del Señor. Y esto es la humildad.

Pero para que esto sea verdaderamente eficaz, tenemos necesidad de una purificación de la voluntad. “¿Quieres curarte?”, pregunta Jesús. El hombre habría podido y debido responder sencillamente “sí” o “no”. Bastaba decir “sí” para que Jesús lo curase. Él lo dice, pero de un modo que lo traiciona con una disposición que no es del todo justa. Necesita convertirse en la verdadera libertad de su voluntad para acoger la gracia de Dios.

Dice: “Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua; y mientras yo voy, otro baja antes que yo” (Jn 5,7).

Este hombre quiere curarse, pero, con el paso de los años, las objeciones a este deseo se han hecho más fuertes que la confianza en la posibilidad de su realización. Cuando Jesús le pregunta si quiere curarse, en lugar de responder sencillamente “¡sí!”, adelanta las objeciones, las de siempre, las de todos los días. Y, con el tiempo, las objeciones coinciden con la culpa de los demás. “No tengo a nadie que me ayude y los demás pasan de mí; no hay nadie que me ame y los otros tienen más suerte que yo. Solo el egoísmo de los demás impide mi curación”.

Para él, la vida no es más que impotencia frustrada, soledad desilusionada y

celosa competición. Todos somos miserables, todos tenemos necesidad de curación y esto, en lugar de crear solidaridad entre nosotros, nos pone a unos contra otros.

Pero el verdadero problema es que este hombre no espera ya nada de Dios. Concentrado totalmente en su propia incapacidad de alcanzar la piscina, sobre lo que los demás no hacen por él, y sobre lo que los demás obtienen para sí mismos, olvida que el milagro del agua de Betesda no es más que un signo de la acción de Dios, no es más que un signo que debería educar a todos los enfermos para esperar la salud y la salvación del amor omnipotente del Señor.

También nosotros, cuántas veces y de cuántos modos caemos en el estado interior de aquel hombre. También en este caso, la Regla describe bien todas estas actitudes de pretensión desilusionada que hacen murmurar interiormente al monje, que lo paralizan en un descontento del que solamente los demás son responsables.

Ciertamente, nuestra miseria es real, nuestra parálisis personal es un hecho constatado, y es verdad que necesitamos ayuda, atención, ánimo. Pero corremos el riesgo de olvidar que Aquél del que verdaderamente tenemos necesidad es de Dios, y que Dios, que ha tomado la iniciativa de crearnos, de amarnos, de rescatarnos y de llamarnos, llevará a término ciertamente nuestra curación, nuestra salvación.